

EL IMPARCIAL
es el periódico de mayor circulación de España
Tirada de EL IMPARCIAL de ayer
130.765
TARIFA DE ANUNCIOS
Materiales: 50 céntimos de peseta línea.—Extranjeros: 75 céntimos.

EL IMPARCIAL

DIARIO LIBERAL

FUNDADO POR D. EDUARDO GASSET Y ARTIME

NÚMERO SUELTO 5 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRICION
Madrid, UNA peseta al mes.
Provincias, 6 pesetas trimestre; 10 semestre
Portugal, 7,50 id. id.

LOS D.D.U.S. ENTRE LAS PUERTAS

El Heraldo dice muy bien cuando afirma que «el mejor número de los festejos, que se pueden dedicar al rey, es el de ofrecerle la sanción las leyes que afectan al interés público.»

Nos place sobremedida oír este lenguaje de quien se halla tan cerca del actual gobierno y tanto puede influir en él.

Desde ese punto de vista bien tomado, nuestro citado colega juzga como desprovistos de todo fundamento y hasta de sentido común los rumores referentes a que las Cortes suspenderán sus tareas a fines del corriente mes.

«Natural es—dice—que los actos solemnes de la jura del monarca interrumpiran unos días la labor de las Cortes.

Nosotros celebramos estas declaraciones, porque se corresponden, de todo en todo, con nuestra manera de ver y apreciar la cuestión, y en un periódico íntimamente relacionado con elemento tan principal del gabinete, como es el Sr. Canalejas, no pueden aquellas ser mera disquisición periodística, que, si no encarna en la realidad, el tiempo se lleva con rapidez, cual ráfaga que arrastra las hojas que caen del árbol.

Aquí donde se busca el aplazamiento de los conflictos y problemas, como si fuese la suprema habilidad política, es grata la convicción de que se va a cambiar de procedimiento. Y, desde el instante en que un ministro de primera magnitud hace—o deja que se haga, pues para el caso es lo mismo—constar por medio de su órgano personal en la prensa, que la clausura del Parlamento con tantos y tan graves asuntos pendientes, es el mayor de los desaciertos posibles, parece natural que las sesiones sigan o que la crisis sobrevenga.

Gran posición será la del Sr. Canalejas al salir del gobierno por causa tan elevada y tan simpática cual la de negarse a que la comodidad del ministerio, y sobre todo la de su presidente, se anteponga a toda necesidad nacional y a todo interés público. Tal conducta no es la acostumbrada y los pueblos agradecerán todavía esos rasgos mucho más que lo que se puede presumir.

«Este gobierno—escribe el Heraldo con tono que no admite réplica—tiene que vivir en plena actividad parlamentaria o no vivirá: «vegetará.»

«Este gobierno—escribe el Heraldo con tono que no admite réplica—tiene que vivir en plena actividad parlamentaria o no vivirá: «vegetará.»

mal común a todas las situaciones políticas la infecundidad, no autoriza a que se prolongue y perdure.» Y se presenta en gallarda apostura cuando anuncia, que ni a la a-tonía, ni al alejamiento de la acción parlamentaria, podrá prestar su concurso ni su apoyo, y cuando advierte que un nuevo desencanto resultaría mortal a estas fechas y alturas, tras el mucho tiempo perdido.

Todo ello es de gran trascendencia para la marcha inmediata de la política y para los destinos del país. La verdadera acción de gobierno no cesará ya al arbitrio de su presidente. El Sr. Sagasta no podrá cerrar las Cortes a su placer, porque no le será dable ejecutarlo sin cogerse los dedos con la puerta.

El número de EL IMPARCIAL de hoy consta de SEIS PÁGINAS.

CHACHARA

¿A dónde va Vicente? A donde va la gente. Y como ayer no había mejor función de tarde a que asistir, ni la empresa de la Plaza de Toros había dispuesto una mala corrida de entre semana, nuestro imprescindible amigo Vicente de la Récau, barón de Reata, fue a la reapertura del Circo Nacional de los Leones de Bronce.

El barón, en clase de exdiputado, tiene esas grandes entradas en el edificio, y en los días «fashionables» es punto firme en el foyer de Conferencias, especie de sacristía del templo de las leyes, en la cual muy rara vez habrás logrado penetrar tú, Juan Español, pero en donde tú y yo el gusto—¡ay, ya hace años de esto!—de encontrarme con un sujeto que algunas semanas antes me había hecho una seductora oferta en la esquina del antiguo Café Imperial.

«¿Y aquí (le dije, después de devolverle el más correcto de los saludos) ¿qué va usted a ofrecernos? Otra sortija de oro de ley, con su esmeralda?»

«¿Aquí puedo proporcionarle a usted hasta un bastón de mando en Filipinas, con su puño de oro.»

«¿H? ¿Sepa usted que con la nueva situación, munda es el año en el ministerio de Ultramar. ¡Ay! vuelvo a decir; entonces, todavía tenían los Ultramar, y los «gañchos» ofrecían cosas buenas, y el calor era el lenguaje usual entre las personas influyentes...»

Pero creo que divago. Volvamos al amigo Reata; el cual, fiel a su nombre de Vicente, apenas entró en el Hotel de Touche-moi Roch, como él dice, siguió pasillo adelante con el tropel de artistas y abonados, hasta llegar a lo que ayer constituía el clou del espectáculo: por más que éste estuviese entre los bañidores, y el tal clou—clave en francés—fuese en rigor una serie de ellos: todos los que hacen falta para tapar una puerta falsa con un lienzo imitando el resto de la pared.

Parades de imitación... Puertas de ocasión... ¡Ay! Estas invenciones me recuerdan—dicho sea sin faltar a nadie—a aquel buen amigo de antaño que me ofrecía bastones y escritas, ora en el Salón de Conferencias, ora en la esquina del Café Imperial.

«¡Oh! puerta verdaderamente extraordinaria y fuera de abono! Eres más paradójica que las famosas Puerta del Sol, Puerta de Moros y Puerta Cerrada, y más sublime que la Sublime Puerta. Eres real y efectivamente una puerta estilo Humboldtman. Aún no has sido abierta y ya estás condenada.»

«De las impresiones experimentadas por el barón de Reata ante la puerta misteriosa, nada puedo decir; porque Vicente se limita a hacer suyas las impresiones de los demás.»

«Y bien, Vicente ¿qué decía la gente? —¡Oh! Derrochaba ingenio que era un hoyo. Necesidad decía: «A esta puerta sí que hay que desealar que no prevalezcan contra ella las puertas del infierno.»

«¿Por qué se dice eso? —¡Protestaban contra una puerta, que según ellos, no puede llamarse de la Cámara, sino de la Recámara.»

«Y Romero? —¡Canturreaba irónicamente aquello que:

A la puerta de mi casa no me voygas a llamar... —Silvele, en cambio, tararearía lo otro:

Abreme la puerta, puerta del postigo... —No; se contentaba con decir que los liberales hacen mal en jugar con puertas; porque con la puerta esa se pueden coger los dedos, y por la puerta se va a la calle, y cualquier día les dan con la puerta en las narices, y se quedan por puertas, y...

«Y lo dicho, dicho, y la jaca a la puerta. Aquello, por lo visto, se había convertido en

una retrucción en competencia con Pajo y García Álvarez.

«Ya ves; hasta el duque de Tetuán hizo su correspondiente chistecito, y a expensas propias.»

«¿Qué me cuentas, Vicente? —Lo que oyes. Decía que esa Sublime Puerta no es más que una mediana imitación de la puerta por donde salen él y sus amigos en todas las crisis ministeriales.»

«Eh? —Si; la que en las antiguas Universidades se llamaba la puerta de los carros.»

«Te aseguro, Vicente, que ni al campo se le puede poner puertas, ni límites a la intención de los hombres políticos.»

«Pues así estuvimos casi toda la tarde. —Y el record ¿quién le hatió? —Paraíso? —¿Paraíso? —Paraíso, con aquella sonata que ni todas las de Beethoven juntas:

A tu puerta planté un pino... ¡Y así sucesivamente! Echamos aquí la llave a la puerta; ponla ya de portazos, y tanto hablar de ella es abusar de San Juan Ante-Portam-Latinam, patrono de las letras de molde, y aunque tú, amado lector, no has de ponerte en la puerta, ya estoy viéndote tomar la puerta de escape. Mariano de Cavia.

España ante el concurso hípico de Turín

En muy atenta, y para nosotros honrosa carta que el alcalde de Turín, Sr. Cazana, ha dirigido a nuestro embajador en Italia, invita dicha autoridad a seis oficiales de nuestro ejército para que tomen parte en el concurso hípico internacional que a fines del próximo mes de mayo se verificará en aquella capital, bajo el patronato de S. M. el rey de Italia, presidido por S. A. el príncipe Manuel Filiberto de Saboya, actual duque de Aosta, y en homenaje a la memoria del príncipe Amadeo de Saboya, inspector general que fué de la caballería italiana, y cuyo monumento se inaugurará en Turín durante los días del concurso.

Este constará de cuatro certámenes: el primero, de destreza; el segundo, especial de destreza en los obstáculos; el tercero, de saltos de elevación, y el cuarto, de saltos de extensión. Como los concurrentes serán únicamente oficiales en activo servicio de todos los ejércitos, con caballos de su propiedad, el programa y bases del concurso están inspirados en la seriedad y lo práctico de la verdadera equitación militar.

Las pruebas y ejercicios que se efectuarán serán difíciles y bastante arriesgadas, y es indudable que esta especial y rara fiesta internacional ha de tener gran resonancia en el mundo militar.

A. tenese noticia de la invitación con que nos ha honrado el alcalde y la ciudad de Turín, hubo empujadas discusiones entre los oficiales de nuestro ejército, especialmente entre los de caballería, sobre si debíamos o no acudir al concurso.

El ministerio de la Guerra se ha adelantado muy acertadamente, a nuestro juicio, en esta ocasión, y ha publicado una real orden dando el mayor número posible de facilidades de todo género para que los seis oficiales que se nombran tomen parte en los certámenes antes citados.

Esas facilidades, que lo repetimos, son dignas de aplauso, no han acallado las discusiones en el terreno particular. «¡Por qué se discuten, todos ellos muy respetables, para lograr que en ese concurso quedemos todo lo agradecidos que sería de desear. Y ¿qué son esos obstáculos? Al abandono increíble, espantoso en que está sumida, no hoy ni ayer, sino hace ya mucho tiempo, nuestra pobre caballería española, en favor de la cual en vano un día y otro se venía llamando desde hace años la atención de todos los ministros de la Guerra.»

Es necesario ir a Turín, se debe asistir a ese concurso internacional hípico-militar, pero ¿cómo lo haremos? Como por aquí se hacen las cosas siempre, sin que por lo visto haya esfuerzo alguno que lo remedie; de prisa, gastando mucho y en las peores condiciones posibles.

Si la Escuela de Equitación que estaba en Valladolid no se hubiera suprimido en 1893, como en mala hora se hizo, destruyendo el arma de caballería; si ese centro superior que a ese arma y aun a otras le es necesario como el exigirlo a la respiración humana, como el riesgo a las plantas, se hubiera vuelto a abrir y organizar como tan reiteradamente lo ha solicitado con fundadísimos artículos, entre otros varios periódicos profesionales La Correspondencia Militar, y nosotros mismos desde estas columnas; si eso se hubiese antes hecho, hoy, con todo desahogo, sin gastos cuantiosos y con grandes esperanzas de honrosos éxitos, podríamos enviar seis oficiales con sus caballos al concurso de Turín.

Es verdad que en los actuales presupuestos hay ya cantidad asignada para organizar nue-

vamente este centro hípico militar, pero no se ha abierto aun la organización de este centro.

Por fortuna, aun nos quedan jóvenes y valiosos elementos de aquella disuelta escuela de equitación que acabamos de citar. Suenan estos días los nombres de los alumnos que fueron de aquel centro, capitanes Sres. Cerco, Ferrnoso y Kirkpatrick y tenientes Sres. Luzunari y González Fernández, para ir a Turín, y esto ofrece las relativas garantías que en este caso pueden proporcionar jinetes militares tan hábiles y expertos como estos señores.

Pero... ¿y los caballos? ¿y la imprescindible y laboriosa preparación en el ganado? ¿Servirán las circunstancias en que hoy nos vemos ante el concurso hípico de Turín, y lo que de él se habla y por él se observa, para que se afronte ipso fin el vasto problema de la reorganización de nuestra caballería?

«Hasta cuando vamos a continuar como hace un siglo, dedicando en nuestra caballería todos los esfuerzos a engordar el ganado y tener muy limpias las monturas, a pesar del afán que hay en gran parte de su oficialidad por romper de una vez y para siempre, esos detestables modelos de la rutina que todo lo envía y lo...»

UNA CATÁSTROFE

POR TELEGRAMO (DE NUESTRO CORRESPONSAL) Santander 3 (3,35 madrugada)

Cinco muertos y doce heridos

A las cuatro y media de la tarde de ayer se recibieron aquí noticias de que en Bárcena de Pié de Concha había ocurrido una terrible catástrofe en las obras que realiza la Sociedad Eléctrica del Besaya.

Los informes decían que había cinco muertos y varios heridos graves. El gobernador salió en un tren especial con todos los elementos necesarios para auxiliar a los heridos.

A las tres de esta madrugada llegan nuevas noticias detallando lo acaecido. A las cuatro de la tarde próximamente se hundió el muro exterior de la casa que está construyendo la Sociedad Eléctrica del Besaya para sala de almacenamiento.

La pared derrumbada media doce metros de altura, otros doce de anchura y sesenta centímetros de espesor. Todos los obreros quedaron sepultados entre los escombros.

Los que trabajaban cerca de aquel sitio fueron presa de terrible pánico. El pueblo, alarmado, acudió al lugar de la catástrofe, comenzando en seguida los trabajos de salvamento.

De entre los escombros fueron sacados los cadáveres de Martín Carrera, Mateo Calderín, Enrique Naval, Manuel Portilla y Gumersindo Gómez.

Los heridos eran Enrique García, Domingo Peña, Ambrosio Escobedo, Antonio Ortiz, Tomás Martín, Faustino Fernández, Emilio Martínez, Lorenzo Villegas, Serafín Pérez, Apolinar Samera, José Blanco y Jacinto Blanco.

El tren de auxilio que salió de aquí a las nueve de la noche, llegó dos horas después a Bárcena conduciendo a las autoridades y a los individuos de la Cruz Roja.

Acto continuo todos se encaminaron al lugar de la catástrofe, y después fueron a visitar a los heridos.

Estos habían sido auxiliados por los médicos de los pueblos inmediatos, que acudieron desde los primeros momentos, atendiendo a aquellos indoligos con gran solícitud.

Después llegaron en el tren especial los notables doctores de esta capital Sres. Madrazo, Quintana y Océjo, quienes trasladáronse sin pérdida de tiempo a visitar a los heridos y prestarles el concurso de sus cuidados.

En este momento sale de Bárcena, de regreso, el tren especial, conduciendo a seis heridos graves que ingresarán en el Hospital de Santander para poder atenderlos mejor.—Núñez.

EL ENTIERRO DE VICO

El Diario de la Marina, de la Habana, publica una carta dirigida por D. Juan Mata, viceconsul de España en Nuevaúts, al director de aquel periódico, dando cuenta del entierro del insigne actor Antonio Vico.

Según ella el cadáver llegó al muelle a las nueve de la mañana del día 4 del pasado Marzo, siendo recibido por dicho Sr. Mata, el presidente municipal D. Federico Miranda, el presbítero D. Miguel Ferrer, el comerciante don Salustiano Collada y algunos amigos más.

En el consulado de España se instaló la capilla ardiente, donde estuvo expuesto el cadáver hasta las cinco y media de la tarde, en que se verificó el sepelio.

Durante el día, lo mismo en el consulado que en todas las sociedades de la población estuvo izada la bandera a media asta.

A la hora citada se puso en marcha la comitiva, que ha sido una inequívoca muestra

del respeto y admiración que aquí como en todas partes se sentía por el gran actor. En el cortejo estaban representados los elementos todos que tienen alta significación en la vida social de Nuevaúts.

Abriendo la marcha iban los niños de todos los colegios, siguiendo al atado representaciones del Ayuntamiento, de la junta de educación, del comercio, de la prensa, del magisterio, del pueblo de Minas, de las sociedades «Club Martín, «Unión Clubs, «Gremio de obreros y marinos, «Hermanos Maceo», «Veterano», y otras diversas corporaciones.

La orquesta municipal asistió espontáneamente al acto, tocando una notable marcha fúnebre.

Sobre el ataud iban enlazadas artísticamente las banderas española y cubana, y siete magníficas coronas.

Una vez llegado el cortejo al cementerio se cantó un solemne responso, pronunciando luego sentidas frases el doctor Castellanos y el Sr. Rosal.

El cadáver ha sido enterrado en un nicho cuya propiedad se ha adquirido por cinco años. EN OVIEDO POR TELEGRAMO NUESTRO CORRESPONSAL

Un atropello de los guardias de Orden público

Comienza a ser del dominio público un brutal atropello cometido anoche por la policía en la persona de un teniente de administración militar, que goza aquí de generales simpatías, y se ha hecho digno del aprecio de sus jefes.

Parece ser que después de haber tenido en el teatro con un guardia municipal algunas palabras, a que nadie dio importancia, pasado bastante tiempo, y en plena representación, dicho guardia, auxiliado por otros dos de orden público, sacó al teniente de su localidad para conducirlo de mala manera, y sin que le sirviera invocarlo el carácter militar, a la prevención, donde se le apaló bárbaramente.

Por fortuna, antes de que los compañeros del atropellado se enteraran del hecho, tuvo conocimiento de él el gobernador militar, que llamó a su despacho a la oficialidad para evitar el conflicto, que indudablemente hubiera sobrevenido.

Al propio tiempo ordenó a un médico militar que reconociera al teniente, en el que se han apreciado varias contusiones. El gobernador militar confirió con el civil, conviniéndose en que este último fuera el que diera el parte correspondiente al juzgado.

La opinión protesta indignada contra un atropello más que hay que añadir a la no interrumpida serie de los que se cometen aquí.—Corresponsal.

NOTAS MUNICIPALES

Comisión de reformas sociales Ayer mañana se reunió la comisión de reformas sociales para resolver ciertas cuestiones de gran importancia.

Estudios en primer lugar la proposición presentada por el Sr. Ovillo a la corporación municipal, aprobándose sin discusión las dos partes de la proposición que se refieren a la jornada de ocho horas para todos los obreros dependientes del Ayuntamiento y a la obligación que estos contraen de enseñar a sus hijos a leer y escribir.

Respecto a la reglamentación del trabajo se acordó hacer algunas consultas antes de resolver en definitiva.

El teatro Español En la reunión que ayer celebró la comisión de espectáculos se acordó conceder al arrendatario del teatro Español, Sr. Berritúa, un último plazo de ocho días para que se ponga al corriente en sus pagos a la Hacienda, y si trascudiese dicho tiempo sin efectuarlo, se pondrá al Ayuntamiento la rescisión del contrato.

La romería de San Isidro Dentro de breves días dictará un bando el señor alcalde estimulando a los vendedores é industriales concurrentes habituales a la tradicional romería de San Isidro, a que este año, en vista de las fiestas que se preparan para dicha época, y de la gran concurrencia de forasteros que se anuncia, contribuyan a solemnizar con todo el esplendor posible dicha romería.

Se concederá, pues, más importancia al decorado de las instalaciones, y, al efecto, los que deseen concurrir a ella pueden, desde luego, presentar modelos de sus instalaciones, exigiéndose que, dentro de su modestia, tengan las necesarias condiciones artísticas.

Las casetas de la feria Basta ahora han presentado proyectos para construir casetas en la feria del Retiro: el Casino de Madrid, el Centro Militar, las Aguas de Mondariz, el café de Fornos y el Centro Gallego.

LA GUERRA DE LOS MUNDOS

FOR H. G. WELLS

Novela traducida del inglés por RAMIRO DE MABEOTO

(CONTINUACIÓN)

maravillosa sobre la extrañeza de este azote. Cuenta cómo vio desde el campanario de la Iglesia resurgir poco a poco las cascas de entre esta nequizza aniquilación, cual si fueran fantasmas. Permaneció allí día y medio, rendido, muerto de hambre, quemado por el sol, contemplando a sus pies la tierra bajo el cielo azul, y viendo contra el fondo de las colinas lejanas una extensión cubierta de algo parecido a terciopelo negro, en que se descubrían techos rojos y los árboles verdes, y presenciando cómo después aparecieron lentamente cercas, matorrales, granjas, tejamanas y paredes, veladas de negro, que se alzaban aquí y allí bajo la luz del sol.

Eso sucedía en Colham, donde permaneció el humo negro en el suelo hasta que la tierra lo absorbió por sí misma. Una vez realizado su propósito, los marcianos solían limpiar la atmósfera por medio de grandes chorros de vapor.

Es lo que hicieron con las capas próximas a nosotros, como pudimos verlo a la luz de las estrellas, tras las ventanas de una casa del Alto Hainford, donde nos habíamos refugiado. Desde allí presenciábamos igualmente los fuegos eléctricos, que andaban de un lado a otro en las colinas de Richmond y Kingston; luego, a eso de las once, retumbaban los cristales y cimbras las detonaciones de los grandes cañones de sitio alizados en aquellas alturas. El cañonero continuó a regular intervalos, durante un cuarto de hora, lanzándose proyectiles al azar contra los marcianos invisibles de

Hampton y de Ditton; luego se desvanecieron los pálidos rayos de los fuegos eléctricos, siendo reemplazados por vivos resplandores rojos. Entónces, según supe después, cayó en Bushy Park el cuarto meteorito, de un color verde vivo. Antes de que abriese el fuego la artillería de Richmond y de Kingston se oyó a lo lejos, hacia el sudoeste, fuertes cañoneos, que sumos y multiplicaban las baterías que disparaban sin apuntar, antes de que el Humo Negro sumergiera a los artilleros.

Así, con el mismo sistemático método que los hombres empiezan para ahumar un nido de avispas, cubrían los marcianos la comarca en dirección a Londres de este asfixiante vapor. La curva que formaban los invasores se extendía lentamente hasta llegar desde Haulwell a Goombo y Malden. Toda la noche trabajaron sus tubos destructores. Después de haber sido derribado aquel marciiano en San Jorge Hill, ninguno de los otros volvió a aproximarse a la artillería. Donde se figuraban que podía disimularse algún cañón enviaban un proyectil cargado de vapor negro. Donde las baterías estaban a la vista se contentaban con proyectar el Rayo Ardiente.

A media noche los árboles incendiados en las pendientes de Richmond y los fuegos de Kingston iluminaron un tejido de humo negro que escondía todo el valle del Támesis, extendiéndose a todo el alcance de la vista. A través de esta confusión avanzaban dos marcianos que dirigían en todos sentidos sus estruendosos chorros de vapor.

Los marcianos parecían no querer usar mucho del Rayo Ardiente aquella noche, fuera que sólo contasen con limitada provisión de la materia que lo producía, fuera que no intentaran destruir el país, sino únicamente aterrozarlo y aniquilar la oposición que su llegada había despertado. De seguro realizaron este último propósito. La noche del domingo puso término a toda resistencia organizada contra sus movimientos. Después de esto no hubo grupo de hombres que se atreviera a hacerles frente, tan descabellado parecía el intento; y hasta las tripulaciones de los torpederos y «destroyers» que habían renomado el Támesis con sus cañones de tiro rápido, se negaron a detenerse, se empujaron y acabaron por volver a

sus barcos. La sola operación ofensiva que intentaron los hombres aquella noche fué la preparación de minas y de fosos, bien que con energía casi esasmódica.

Hay que imaginarse como se pueda el destino de aquellas baterías de Esher que espían ban ansiosas las penumbras del crepúsculo. No hubo supervivientes. Se imagina uno los órdenes reglamentarios, el alerta atento de los oficiales, los cañones prestos, las municiones a mano, los avanztones enganchados, los grupos de pañanos que contemplaban la maniobra lo más cerca que se les permitía, todo esto, en la gran tranquilidad de la noche; y más lejos las ambulancias con los heridos y los quemados de Weybridge, y por último la sorda detonación del tubo de los marcianos y el proyectil extraño girando por encima de los árboles y de las casas y aplastándose en medio de los campos próximos...

Uno puede imaginarse el repentino redoblamiento de atención, la difusión rápida de estas tinieblas que al invadir la tierra se inflaban y encogían y se elevaban al cielo en forma de torre convirtiéndose la penumbra del crepúsculo en oscuridad palpable; uno puede imaginarse este terrible y curioso antagonista de vapor envolviendo a sus víctimas; la huida de hombres y caballos, los gritos, los refunchos, los aullidos de dolor, las caídas a tierra, el súbito abandono de los cañones, la asfixia de los hombres al retroceder en el suelo y el ensanche rápido del cono opaco de humo. Luego, la oscuridad sombría é impenetrable—nada más que una masa silenciosa de compacto vapor amortajando a sus muertos.

Poco antes del alba se extendió el vapor por las calles de Richmond y el desintegrado organismo del gobierno hizo su último esfuerzo al despertar la población de Londres y hacerla sentir la necesidad de la huida.

XVI

El pánico

Hé aquí como se explica la resonante ola de miedo que barrió la mayor ciudad del mundo al amanecer del lunes; los arroyos de fugitivos se convirtieron de súbito en torrente que chocaba con estruendo contra las grandes esta-

ciones, luchaba horriblemente en las orillas del Támesis por encontrar puesto en los barcos y se escapaba por todos los caminos al Norte y al Este. A las diez comenzó a perder su cohesión la policía; a las doce la organización de los ferrocarriles se reblandeció hasta desaparecer en la rápida liquidación del cuerpo social.

Prevénidas desde el principio de la noche del domingo las líneas situadas al Norte del Támesis y la red del Sudeste, sus trenes se les llenaron a las doce y la multitud, a partir de las dos, se peleaba encarnizadamente por ir de pie en los vagones. A eso de las tres muchas gentes fueron derribadas y pisoteadas en la estación de Bishopsgate; a más de doscientos metros de las estaciones de la calle de Liverpool hubo tiros y puñaladas y los agentes de policía enviados para mantener el orden acabaron por abrir la cabeza a las gentes que debían proteger.

A medida que avanzaba el día maquinistas y fogoneros se negaban a volver a Londres. La presión de la turba arrastró a todo el mundo en una multitud sin cesar creciente, que, lejos de las estaciones, se encaminaba por las calles hacia el Norte. A eso del mediodía se vio a un marciiano en Barnes y se vislumbró una nube de vapor negro que se hundía lentamente, seguía el curso del Támesis é invadía las praderas de Lambeth, cortando en su lenta marcha toda retirada por los puentes. Paso otra nube sobre Ealing y un pequeño grupo de fugitivos se encontró cercado en Castle-Hill, lejos aun del vapor asfixiante, pero impotente para huir por parte alguna.

Después de una lucha inútil por encontrar un Chalk Farm billete en un tren del Noroeste—era tan grande la multitud que para que las locomotoras pudieran aprovisionarse de carbón en la estación de mercancías fué preciso que doce hombres forzados impidieran que se aplastara al maquinista contra el horno,—mi hermano desembocó en la carretera de Chalk Farm, se adelantó a través de una multitud de vehículos que corrían a toda prisa y tuvo la suerte de hallarse en primera fila cuando ocurrió el saqueo de un almacén de velocípedos. Se le rompió el neumático delantero de la máquina de que pudo echar mano, al pasar

por un espejo roto; pero logró huir, a pesar de todo, sin mayor daño que una cortadura en el puño. La cuesta de Haverstock Hill estaba intransitable, a causa de los coches y caballos derribados, y mi hermano se dirigió por Belsize Road.

De este modo escapó a la desbandada. Dado la vuelta por la carretera de Edgware, llegó a este punto a eso de las siete, fatigado y muerto de hambre, pero llevando gran ventaja a la multitud. A lo largo del camino, gentes curiosas y asombradas, se asomaban a las puertas. Los sobrepasaron cierto número de ciclistas; algunos jinetes y dos automóviles.

A una milla de Edgware se le rompió una rueda y la máquina se le puso inútil. La dejó en una orilla del camino y se fue a pie a la población. En la calle Alagon había tiendas medio abiertas y las gentes se agrupaban en las aceras, en los patios de las casas y en las ventanas, para contemplar atolondrados los grupos precursores de la procesion de fugitivos. Logró procurarse algún alimento en una posada.

Durante largo rato permaneció en la villa sin saber lo que hacer; aumentaba el número de fugitivos y la mayor parte parecían dispuestos, como él, a detenerse allí. Nadie daba noticias más recientes de los marcianos invasores. Ya la carretera estaba llena, pero no obstruida del todo. El mayor número de fugitivos eran aun ciclistas, pero pasaron en seguida a toda velocidad automóviles, coches de alquiler, carruajes de toda especie; y flotaba el humo en nubes espesas por todo el camino que lleva a San Albans.

Tal vez se le ocurrió vagamente ir a Chelmsford, donde tenía amigos y acceso le impulsó este pensamiento a dirigirse por una tranquila callejuela que da al Este. Llegó en seguida a una barrera y, franqueándola, tomó por el sendero que se inclinó al Nordeste. Paso junto a varias granjas y algunos cabanes, cuyos nombres ignoraba. Por allí los fugitivos eran pocos. En un camino transversal del Alto Barnet encontró por casualidad a dos señoras de quienes se hizo compañero de viaje. Llegó en el